



JEAN PLAIDY

PASAJE A
PONTEFRACT

El Príncipe Negro, héroe de Inglaterra, había muerto antes que su padre, Eduardo III. El rey estaba viejo y dependía de su voraz amante, Alice Perrers. El heredero era el joven Ricardo, que estaba cercado por sus ambiciosos tíos, convencidos de que lo mejor para el país era que ellos se hicieran cargo de la corona.

El joven Ricardo demostró audacia y valentía en las batallas, lo que hizo suponer que podía ser un buen rey. Gozaba de un matrimonio feliz con Ana de Bohemia. No obstante, sus extravagancias y su tendencia a rodearse de favoritos lo enemistó con su pueblo.

Sus tíos Juan de Gante y Thomas de Woodstock fueron sorprendidos conspirando. Así llegó el día en que los «Cinco Señores» enfrentaron al monarca y amenazaron con deponerlo.

El rey nunca perdonaría la afrenta y juró vengarse de los cinco que lo habían humillado. Lo consiguió con cuatro de ellos. El quinto, Bolingbroke, hijo de Juan de Gante estaba decidido a triunfar donde su padre había fracasado. Para Bolingbroke, inteligente y sutil, el rey no era suficiente adversario. Así lo condujo al pasaje a Pontefract.

Éste es el segundo volumen de la serie «Cien años de guerra», que cubre el más cruel y decisivo período de la formación de Francia e Inglaterra como Estados modernos.

PASAJE A PONTEFRACT

Jean Plaidy

PRIMERA PARTE

JOHN DE GAUNT

EL NACIMIENTO DE LOS NIÑOS

Londres estaba de ánimo festivo aquel glorioso día de mayo. Pocas cosas gustaban más a los ciudadanos que un festejo real, y éste prometía ser uno de los más espléndidos que había visto la capital. Al rey le gustaba el despliegue, cuanto más magnífico, mejor. Era una de las cualidades que lo hacían querible. Tal vez una debilidad, pero una cualidad amable en un hombre de quién se decía que era el mejor guerrero de la cristiandad, y cuya reputación era tan ilustre como la de su abuelo, el gran Eduardo I.

Tres días antes, el hijo del rey —el que era conocido como John de Gaunt porque había nacido en la ciudad flamenca de Gante, a la que los ingleses llamaban Gaunt— se casaba en Reading con Blanche, la hija del duque de Lancaster.

Todos estaban de acuerdo en que la unión de dos hermosos jóvenes era motivo de celebración especial, sobre todo siendo ambos de sangre real, porque Blanche descendía del árbol Plantagenet, al igual que John; y los padres del novio y de la novia eran reverenciados en todo el país.

Henry de Lancaster, padre de la novia, era conocido en Inglaterra —y también en Europa como el Buen Duque Henry, el perfecto caballero. Siempre se mostraba caballeroso, generoso con sus enemigos, leal a sus amigos y profundamente religioso. Su abuelo había sido Edmundo II, hijo de Enrique III.

En cuanto a los padres del novio, eran adorados por el pueblo como pocos monarcas lo habían sido. Los súbditos estaban orgullosos del alto y apuesto rey, de quien muchos decían que era la imagen de su abuelo, aunque un poco menos alto que aquel Eduardo Piernas Largas, cuya reputación había sido acrecentada por el recuerdo. Este Eduardo tenía la hermosa apariencia de los Plantagenet; abundante pelo rubio, nariz recta, llameantes ojos azules, rasgos finos. Además había dado estabilidad al país y era tal su popularidad que el pueblo había olvidado que las glorias de Crécy y Poitiers habían sido pagadas no sólo en sangre sino en impuestos forzados y que la conquista del trono de Francia no estaba más cerca de lo que había estado al iniciarse la guerra. Se había casado con Philippa de Hainault, cuya benevolencia era conocida por el pueblo, e incluso en su casamiento el rey había demostrado buen sentido. Es verdad que Philippa era demasiado gorda, los continuos partos la habían estropeado, y no podía decirse que fuera una belleza, pero su frescura rosada era agradable, su expresión amable y bondadosa. Se sabía que en muchas ocasiones había solicitado al rey que fuera clemente, porque él, como la mayoría de los de su estirpe, tenía un carácter que podía ser violento cuando lo provocaban; y por esta cualidad ella era profundamente respetada. Era femenina; era virtuosa; se la conocía como la Buena Reina Philippa.

El amor que se profesaban había sido un ejemplo para la nación, y aunque últimamente corrían rumores de que el rey ya no era tan fiel esposo como lo había sido, tales sugerencias se olvidaban cuando la pareja real aparecía junta.

Londres estaba encantada con su gobernante; y todos los gobernantes sensatos sabían que la aprobación de la capital era esencial para su seguridad. Sí, amaban a este rey que podía portarse tan gallardamente en las justas que tanto le agradaban. Y les gustaba verlo deslumbrante

de joyas, con las que le gustaba adornar su hermosa persona.

No sólo había devuelto a Inglaterra el prestigio perdido durante el reinado desastroso de su débil y afeminado padre, sino que tenía hermosos hijos; el mayor, como convenía, era uno cuya fama se había extendido y corrido lejos, y que ya mostraba señales de ser tan grande como su padre y su bisabuelo: Eduardo, otro más en la lista de los gloriosos Eduardos, conocido en todo el país como el Príncipe Negro.

En esta ocasión del casamiento del hijo del rey, Londres decidió honrar a su soberano. Había ruido y agitación en todas partes. Desde los tejados de las casas las mujeres conversaban entre sí, discutiendo los méritos del novio y de la novia. La gente llenaba las calles; estaban casi siempre afuera cuando el tiempo lo permitía, porque les gustaba escapar de la oscuridad sofocante de las casuchas apeñuscadas, que consideraban como refugios contra el frío, lugares donde se comía y se dormía. Festejos como éste eran el punto culminante de sus vidas.

Había pasado el Primero de Mayo. Habían bailado alrededor del árbol de mayo dando la bienvenida al verano; lo habían adornado con flores salvajes que crecían fuera de los muros de la ciudad, en el Strand, que conectaba la ciudad de Londres con Westminster, y donde estaban las casas de los nobles, con los jardines acariciados por el río cuyas aguas eran surcadas día y noche por embarcaciones de todo tipo. Habían rodeado las puertas con guirnaldas de flores; e incluso habían colgado pequeñas lámparas de vidrio entre los pimpollos. Cuando oscurecía, el efecto encantaba a todos los que lo veían.

Eso había sido el Primero de Mayo. Pero esta ocasión era más importante porque se había anunciado que habría un gran torneo, y los campeones se habían presentado para defender a Londres contra todos los retadores. Había un aire de misterio en esto, porque nadie sabía

quiénes eran esos campeones; pero todos afirmaban que nunca había habido, ni habría, una celebración que igualara la del casamiento del hijo del rey. John de Gaunt, con *lady Blanche de Lancaster*, hija del Buen Duque Henry.

Se habían levantado los pabellones. Aquí, los caballeros vestirían las armaduras y esperarían la convocatoria para salir a la lid. Algunos pabellones eran gloriosos en verdad, hechos de seda y terciopelo; pero el misterio se acentuaba, porque, en el mayor de estos pabellones, no había lemas, ni escudo de armas para identificar a los que lo ocupaban. Esto recordaba a la gente que los defensores de Londres eran unos caballeros misteriosos que se habían presentado para servir a la ciudad en esta gloriosa instancia.

Se habían levantado tribunas para la nobleza. Iba a ser un espectáculo magnífico. El rey iba a estar presente. Una ocasión regia en verdad. No fue sorprendente que, horas antes de que se iniciara el torneo, la gente empezara a convergir hacia el centro de la ciudad. Llegaban desde Clerkenwell y Holborn, desde St. John's Wood y Hampstead. Dormían en las praderas de Marylebone y se lavaban los pies en los arroyuelos de Paddington.

Incluso la sombría Torre, esa siniestra fortaleza normanda erguida sobre la escena, parecía ese día menos amenazadora, y nadie pensaba en las oscuras hazañas que habían ocurrido tras aquellos muros grises. Miraban más bien hacia Westminster y el magnífico palacio Savoy en el Strand. El Savoy era ahora hogar del duque Henry, y había pasado por manos de muchos dueños; había sido construido por el famoso Simon de Montfort, que se había casado con la hermana del rey Enrique y casi había llegado a gobernar Inglaterra. Pero, cuando fue sometido, el rey Enrique III, regaló la casa a Peter, conde de Savoy, tío de su mujer, y desde entonces había sido conocido como el Savoy. A su vez, el conde lo había dado a un priorato, y a este priorato lo había comprado la reina Leonor para resi-

dencia de su segundo hijo, Edmund, conde de Lancaster. De este modo el edificio había ido a parar a manos de la familia.

Cerca de la ciudad, pero fuera de sus muros, tendría lugar la justa, y ya la gente esperaba allí. Audaces aprendices, como chicos escapados del colegio, parloteaban con las lecheras; labradores, prelados, comerciantes –hombres y mujeres de todos los rangos– habían venido a ver el desfile.

La excitación era intensa. El torneo había empezado. La reina y sus damas se habían sentado a contemplar. Con ella estaba la joven novia. Blanche era tan bella como se había anunciado. Su largo pelo rubio pendía suelto sobre sus hombros; su piel era de un blanco delicado, sus ojos de un azul profundo. Tenía dieciocho años. La gente la miraba con interés. Alta, esbelta, casi delicada, parecía muy joven y tierna al lado de la corpulenta Philippa.

La gente gritó hasta quedar ronca viviendo a las damas. Pero esperaban al rey, y lo esperaron en vano.

Hubo poco tiempo para cavilaciones, porque los retadores se habían adelantado y los defensores –veinticuatro caballeros dirigidos por cinco de los hombres más altos del campo– galopaban a su encuentro. Por unos momentos el silencio fue intenso. Después resonaron las trompetas y los heraldos se adelantaron anunciando que iba a iniciarse el torneo. Los heraldos salieron corriendo de la arena cuando avanzaron los caballos. Hubo una feroz excitación, se oyeron el entrechocar de los aceros y los gritos de batalla y se vio el brillo de los escudos y las lanzas sobre los que daba el sol. Los londinenses miraron totalmente fascinados, y la atención se fijó en los hombres que habían asumido la tarea de defender a Londres. ¿Quiénes eran? La multitud se estremecía de placer, porque los provocadores no se les igualaban.

A su debido tiempo la victoria fue completa. Londres había sido valiente y hábilmente defendida contra todos los recién llegados, como siempre había sido y como seguiría siendo.

Había llegado el gran momento. Los misteriosos defensores debían descubrirse y mostrar los rostros. Los cinco hombres altos que habían dirigido el grupo de defensores galoparon hasta el centro del campo.

Uno galopaba un poco adelante, y cuando levantó la visera, nadie dejó de reconocer al tupido pelo rubio, los ojos azules, las bellas facciones de los Plantagenet.

¡El rey! gritó la gente ebria de alegría. No podía haber hecho mayor cumplimento a la ciudad que ponerse al frente de sus defensores. Debían haber adivinado la cara que se ocultaba tras la visera, porque no había estado en el palco junto a la reina. Era un juego que agradaba a los reyes, cuando estaban seguros de la lealtad de su pueblo. Era la manera que tenía Eduardo de decirles que la ciudad de Londres era cara para su corazón, y que iba a defenderla con toda su fuerza.

¡Viva el rey! los gritos que desgarraban el aire podían ser oídos desde la Torre hasta la aldea de Knightsbridge.

El segundo caballero se adelantó. Se levantó la visera y la multitud se puso casi histérica de alegría, porque tampoco podía haber error acerca de aquella cara tan parecida a la del rey, quizá más austera, pero, igualmente hermosa: era el gran héroe militar Eduardo, el heredero del trono, que había ganado las espuelas en Crécy y era el triunfador de Poitiers, que algunos años antes había paseado a su regío prisionero, el rey de Francia, por las calles de Londres y lo había alojado en el palacio Savoy. Eduardo, aclamado en el mundo entero como el soldado sin igual. ¡El Príncipe Negro en persona!

Y él también estaba allí para defender a Londres.

El tercer caballero era incluso más alto que el rey y el Príncipe Negro. No era tan bien conocido como éstos, pe-

ro no cabía duda de que era un Plantagenet: el mismo colorido, las mismas hermosas facciones y su alta estatura lo proclamaban como hijo del rey.

—¡Viva Lionel, duque de Clarence, conde de Ulster, defensor de Londres contra todos los atacantes!

¡Cómo gozaban con los descubrimientos! Pero no se sorprendieron cuando el siguiente defensor resultó ser John de Gaunt, el novio. Hubo aplausos especiales para él, porque era por su boda que se realizaban las justas. Todos los ojos se volvieron hacia la noviecita sentada inmóvil junto a la reina: estaba ruborizada, quizá de orgullo y de dicha. ¡Qué hermosa pareja formaban! ¡Sólo el gran Eduardo podía haber tenido unos hijos tan espléndidos!

¡Cuánta alegría! ¿Qué mejor gesto podía haber tenido el rey?

Aquel día no hubo hombre más popular en Londres que el rey de Inglaterra.

Cuando los festejos terminaron y el rey y la reina pudieron retirarse a sus apartamentos, Philippa quiso tener una cómoda charla con su marido. Philippa siempre estaba dispuesta a dejar a un lado su rango. Se había criado en un hogar feliz que, para lo acostumbrado en la realeza, era doméstico. Se preocupaba más profundamente por la felicidad de su familia que por la gloria militar o las posesiones que pudieran adquirir. Siempre había deplorado la obsesión de Eduardo por la corona de Francia.

Con frecuencia deseaba que Eduardo hubiera sido sólo un noble, sin responsabilidades de Estado, aunque, naturalmente, sabía que esto era algo que él no hubiera deseado.

Le gustaba pasar casi todo el tiempo que estaban juntos discutiendo asuntos de familia, y lo que ahora le preocupaba era su hijo mayor.

–El ver a John tan felizmente desposado con nuestra querida Blanche me ha hecho pensar más que nunca en Eduardo –dijo.

El rey asintió. El futuro de Eduardo no era un tema nuevo.

–Tiene veintinueve años –siguió diciendo la reina.

–Recuerdo muy bien el día en que nació –dijo el rey–. ¡Qué gran dicha! Ha sido mérito tuyo darme un hijo semejante... nuestro primogénito. ¿Recuerdas que la gente lo esperaba en las calles y se volvía loca de alegría si podían echarle un vistazo?

–Nunca olvidaré esa alegría. Y siguen queriéndolo. Cuenta con la devoción del pueblo, igual que tú.

El rey le tomó la mano y se la besó.

–Me has dado mucha dicha, mi querida. El mejor día de mi vida fue aquél en que fui a Hainault y mis ojos te vieron. Te amé entonces y te amo ahora. –Añadió con fervor –: Nadie te ha sustituido jamás en mi corazón.

Mientras hablaba pensaba en su encuentro con la condesa de Salisbury, que siempre había sido para él la más hermosa y deseable de las mujeres. El amor había llegado a él tan bruscamente que lo había abrumado y sorprendido a sus seguidores, porque, hasta ese momento, había sido un marido fiel; y había hecho todo lo posible para convencer a la bella condesa para que fuera su amante. La situación había sido lamentable, porque ella era la esposa de William de Montacute, uno de sus mejores amigos, que por el momento, era prisionero de los franceses, tras haber luchado por la causa de Eduardo. Era una seria mancha en su honor, y aunque la condesa había sido lo bastante virtuosa como para resistir a su lujuria, la conciencia del rey estaba lastimosamente turbada. Siempre que recordaba el caso se mostraba particularmente tierno con Philippa e insistía en reafirmar su fidelidad eterna. ¡Querida y hogareña Philippa, que nunca debía saber cuán cerca había estado de ser traicionada!

Philippa le concedió su amable sonrisa. Lo amaba tiernamente. Siempre había sido consciente de su falta de garbo y nunca había cesado de maravillarse de que Eduardo la amara como la amaba. Sabía, naturalmente, que grandes bellezas como la condesa de Salisbury lo tentaban de vez en cuando. Los rumores llegaban a ella. Pero había decidido ignorarlos. Anhelaba la paz en su hogar. Ella era la reina. Eduardo era su marido. Ella siempre iba a ser lo primero para él, y él y sus hijos eran toda la vida de ella.

Pero el casamiento de John la hacía pensar con temor en su hijo mayor, porque tenía diez años más que John y seguía soltero. Lionel, que tenía ocho años menos que Eduardo, estaba casado. Se había encontrado una esposa para aquel segundo hijo cuando él era apenas un bebé, y había sido un buen matrimonio, según el rey, porque la novia, aunque llevaba seis años a Lionel, era una gran heredera. Elizabeth de Burgh le había traído el Ulster, y él llevaba ahora el título de conde de Ulster al igual que el de duque de Clarence, y la amplia herencia de Elizabeth estaba en manos de él. Lionel era feliz, y esto gustaba más a Philippa que su riqueza. Lionel era un joven ligero, amante del placer, bastante menos serio que sus hermanos Eduardo y John. Era el más alto de una familia de altos, y el más hermoso. Se decía que no había hombre en Inglaterra que pudiera compararse con Lionel en apostura.

Entre Eduardo y Lionel estaban las hijas, Isabella y Joanna, y el pequeño William, que había muerto; y después de John había venido Edmund, que aquel día se había destacado en el torneo; y después de Edmund la pequeña Blanche, que había vivido muy poco. Mary y Margaret, sus dos queridas hijas, la seguían; después otro William, que también había muerto. William era un nombre que no traía suerte a la familia. Y finalmente Thomas, el menor de la camada. Nadie podía reprocharle que no hubiera cumplido con sus deberes de madre.

Isabella, la hija mayor, era testaruda y la favorita de su padre, mimada, dominante, pavoneándose con el hecho de que, con un poquito de picardía, siempre sacaba lo que quería del rey. Philippa estaba inquieta pensando en el futuro de su hija mayor; siempre había procurado frenar los mimos del rey. Pero la gran tristeza había provenido de Blanche, los dos Williams y Joanna. Joanna había muerto en Loremo, una pequeña ciudad cerca de Burdeos, cuando iba a casarse con Pedro de Castilla. ¡Pobrecita! Ahora parecía que era una suerte que hubiera muerto de la peste, por atroz que fuera, porque Pedro, que había conquistado el apodo de «Cruel», hubiera sido un marido temible para una criatura tan amable. Había oído que su querida lo dominaba, que él era su esclavo absoluto, que había asesinado a la esposa con la que finalmente se había casado, y que había estrangulado a su hermano bastardo, además de cometer innumerables crueldades. Nunca más, había afirmado Philippa a Eduardo, iba una hija de ellos a casarse con un novio que no conocían, aunque aportara un gran título.

Eduardo la tranquilizaba. Quería a sus hijos tanto como ella; deseaba que fueran felices; pero debía tomar en cuenta las necesidades del Estado. Nunca había insistido en esto con Philippa, y ella sabía que, en el caso de sus hijas, él siempre iba a ser bondadoso.

Lionel se había casado. John se casaba... ¿y Eduardo?

–No se trata –dijo la reina– de que no le guste la compañía femenina.

Frunció el ceño. Pensaba en el padre del rey, enamorado de hermosos jóvenes a los que había otorgado riquezas y honores. No, no había nada de eso en Eduardo. Era un hombre total.

–Simplemente no tiene ganas de casarse –replicó el rey.

¡Pero es el heredero del trono! ¡Ya debería tener hijos!

–Sabes, querida, que es inútil decir a Eduardo lo que debe hacer. Hará lo que se le dé la gana.

–Tenemos hijos voluntariosos, Eduardo. Isabella hace contigo lo que se le da la gana.

–Isabella es una descarada... –Su rostro se dulcificó.

«Creo que ama a esta hija más que a nadie en el mundo», pensó Philippa. No sentía celos sino agrado de que su hija significara tanto para él. Sentía que la jovencita se volvía cada vez menos manejable. Pero por el momento no era Isabella quien la preocupaba, sino Eduardo.

–Una descarada, sí, pero Eduardo es quien merece el máximo de atención. Creo que es inútil hablarle...

El rey meneó la cabeza.

–Eduardo hará lo que se le dé la gana. Sabe la importancia de su matrimonio. Sabe que el pueblo lo espera. Ya ves cómo han aplaudido el casamiento de John. Aplaudirán mucho más el casamiento del heredero. Pero él se casará cuando quiera y con quien quiera. Ya conoces a Eduardo.

Los ojos del rey se empañaron. ¡Aquel hijo que lo había llenado de orgullo desde el momento en que dio los primeros pasos! Amaba más a Isabella. Bueno, era mujer y él era susceptible al encanto femenino, aunque pocas veces sentía más orgullo que cuando cabalgaba junto a su primogénito.

¡Crécy, donde el muchacho había ganado sus espuelas! ¡Qué gran día! Y él había estado dispuesto... no, ansioso... de entregar el triunfo a su hijo de quince años. Entonces había arriesgado la vida del muchacho; había dejado que luchara y se abriera paso mientras rogaba: «Oh, Dios, haz que gane hoy sus espuelas». Y valerosamente el joven Eduardo las había conquistado, proclamándose guerrero a aquella tierna edad. Y más recientemente lo había demostrado en Poitiers, donde, con grandes dificultades, había ganado una victoria decisiva y capturado personalmente al rey de Francia. ¡Y había sido muy de Eduar-